

“Nos contaron nuestra vida pero de otra forma”. Una reflexión sobre la presentación de resultados de una investigación sobre la Armada Argentina en la Guerra Malvinas.

Mg. María Jazmín Ohanian

CIS-IDES/CONICET

jaz.ohanian@gmail.com

Las Fuerzas Armadas de la República Argentina (FFAA) están integradas por el Ejército, la Fuerza Aérea y la Armada. La cualidad que singulariza a cada una de ellas es la preparación personal, profesional y material para el ejercicio de la guerra en distintos ambientes: el hábitat de la Armada es el agua. Los “navales” o “marinos”, como se llaman a sí mismos, se consideran la “custodia del patrimonio de los argentinos en el mar” y remarcan su existencia y su importancia referidas a este ambiente precisamente porque “su mar” cubre una superficie de 2.800.000 km² y la costa marítima mide en total 5.087 km. Durante su formación se preparan para dominar un ambiente a través de una unidad de combate técnica y estratégicamente.

La Armada en particular está formada por sistemas de armas (buques, aviones, submarinos y helicópteros) y por hombres y mujeres que entienden, arreglan, asesoran y utilizan esos sistemas para la defensa de la soberanía nacional desde el agua. Los roles de cada integrante (oficiales, suboficiales y tropa voluntaria) se entienden dentro de esquemas verticales donde las relaciones de subordinación y el ejercicio de mando son los pilares del funcionamiento técnico y militar en estrecha relación con la organización interna de un buque de guerra.

La “raíz de la Armada” está en la Base Naval Puerto Belgrano (BNPB). Ubicada en el Partido de Coronel Rosales, es vecina de Punta Alta y está a 24km de la ciudad de Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires. Su historia comienza en 1896 de la mano del entrerriano Capitán de Navío Félix Dufourq y del ingeniero italiano Luis Luiggi para realizar ahí el Arsenal Naval (hoy, zona restringida) y su planificación para asentar la Flota de Mar en el sur de la Provincia de Buenos Aires por su cualidad defensiva geográfica. La Base en la actualidad cuenta con, entre otros, la Flota de Mar, la Base de Infantería de Marina, el Arsenal Naval, los Dique Seco de Carena 1 y 2, el Comando de Operaciones Navales, el Hospital Naval, el Hotel de Oficiales Puerto Belgrano, el Museo de Infantería de Marina, la Escuela de Suboficiales de la Armada y la Escuela de Oficiales

de la Armada. Allí fue nuestra cita para presentar los resultados de nuestra investigación colectiva sobre la experiencia de la Armada durante la Guerra de Malvinas¹.

Para todas las FFAA, en abril de 1982 el escenario bélico se situó en un mar de guerra. Allí se conformó el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur (zona implicada en operaciones de guerra) ubicado en torno a un archipiélago de casi 12.000 km² compuesto por dos islas principales, Soledad y Gran Malvina, y centenares de otras más pequeñas a su alrededor separadas por el Estrecho de San Carlos. El archipiélago de las Malvinas/Falklands estaba a 1.980 km de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 670 km de Río Gallegos (la capital de la provincia de Santa Cruz) y a 11.000 km de Londres (capital del Reino Unido). Pero, aunque el mar era el mismo, cada Fuerza y cada jerarquía vivió el combate de maneras diversas, donde cada situación de guerra intensificó una experiencia particular muy dependiente del ambiente y del lugar donde estuvo cada soldado y combatiente. Los hombres del Ejército, de la Fuerza Aérea y de la Armada vivieron tres guerras diferentes por estar en la tierra, en el aire o en el mar: comieron, durmieron, combatieron y murieron distinto.

El equipo de “Mar de guerra. Estudios sobre experiencias de soberanía en el conflicto anglo-argentino de 1982” está liderado por la antropóloga Rosana Guber y reúne a profesionales de diversas disciplinas de las ciencias sociales (sociología, derecho, comunicación, antropología) y a un capitán retirado del Ejército Argentino. Nuestra investigación es colectiva y antropológica; esto significa que el foco está en conocer sobre las experiencias de otros con esos otros. Cada uno de los integrantes del equipo de investigación -formado en el 2015- comenzó su recorrido relacionándose con hombres y mujeres de la Armada, tomando muchos mates y cafés, encontrándonos, escuchándonos y leyendo los libros que nos facilitaron; yendo, estando y recorriendo el lugar -y sus buques- con ellos.

En mi caso, he podido estar 40 días dentro de la BNPB para realizar trabajo de campo fundamentalmente en la Escuela de Suboficiales de la Armada (ESSA) y en el Centro de Veteranos de la Base Naval Puerto Belgrano. Allí mantuve conversaciones informales con suboficiales en actividad y con otros ya retirados (R) que participaron en la Guerra de Malvinas me enseñaron sobre sus vivencias navegando en los buques de la Armada. A lo largo del trabajo de campo, conocí suboficiales veteranos de la Guerra de Malvinas (VGM) que se refirieron a sus experiencias embarcados en el Portaaviones ARA 25 de Mayo, *la* ARA Santísima Trinidad, *la*

¹ Algunas de estas ideas fueron publicadas por la autora en: Ohanian, J. (2020) “*Es eso pero con otras palabras. Descubriendo al espíritu de buque*”. Revista Márgenes, publicación digital IDAES/UNSAM. Abril.

ARA Hércules, el ARA Seguí, el ARA Piedrabuena, el ARA General Belgrano, el ARA Drummond, el ARA Py, el ARA Somellera y el ARA Cabo San Antonio. También pude participar de encuentros con suboficiales en actividad quienes, a pesar de no haber participado de la Guerra de Malvinas, compartieron conmigo valiosas experiencias sobre la vida a bordo en especial la Suboficial Mayor (R) Miriam Prina, el Suboficial Mayor (R) Marcelo Oscar Líbero, el Suboficial Mayor José Alejandro Tavecchi, la Suboficial Principal (R) Graciela Rivero, el Suboficial Principal Cristian Moyano y la Suboficial Primero (R) Teresa López quienes *bajaron su guardia conmigo*. A su vez participé de actividades militares, revisé documentos navales, leí bibliografía sobre la temática recomendada por suboficiales y visité museos militares. También he sido invitada a integrar la tripulación del ARA La Argentina (D-11) para vivir 4 días de navegación en el mar argentino a puro adiestramiento.

El corazón de la investigación colectiva siempre estuvo en comprender las experiencias que vivieron durante la guerra de Malvinas los hombres de la Armada -los navales- desde sus distintos componentes: dentro del agua (Fuerza de Submarinos), en la superficie del mar (Flota de Mar y buques auxiliares), arriba del agua (Aviación Naval) y en las costas (Infantería de Marina). A lo largo de estos años, reconocimos que para entender algo diferente sobre las Fuerzas Armadas y Malvinas, teníamos que pensar a los hombres que combatieron entre marzo y junio de 1982 en el Teatro de Operación del Atlántico Sur desde su ambiente natural.



Fotografía tomada por la autora a bordo del buque ARA La Argentina (D-11) mientras se realizaban tareas de adiestramiento en mar argentino.

Registro de trabajo de campo, marzo 2019.

Ese cambio de mirada nos sumergió en el agua, nos habilitó a ver a las islas desde el mar y a descubrir la existencia de un “espíritu de buque” como principio ordenador que cohesiona a quienes son parte de la Armada. La relación entre el agua, los hombres y los buques era constitutiva de la experiencia vivida en 1982 en el Atlántico Sur. Eso era algo de lo que queríamos contar en nuestra presentación del miércoles 27 de noviembre del 2019. En esta ponencia me pregunto qué pasa –o puede pasar- cuando compartimos nuestros resultados de investigación con quienes investigamos.

Ninguno había dormido muy bien. Eran las 8 de la mañana del miércoles y ya íbamos por la segunda ronda de café. El comedor del Hotel de Puerto Belgrano (para oficiales) ubicado en el

corazón de la base naval más importante de la Armada Argentina se había convertido en nuestra oficina. Ese miércoles de noviembre nos autoconvocamos a las seis de la mañana para revisar los powerpoints de la presentación, chequear el uso correcto de términos navales y evaluar posibles retoques de último momento para nuestro vestuario y peinado. Mis rulos y los de Hernando nos tenían un poco preocupados. Aunque nos sentíamos elegantes, estábamos muy nerviosos por el desafío que nos convocaba esa mañana de noviembre: fuimos invitados por el entonces Contraalmirante Fernando Maglione, Director General de Educación de la Armada, a presentar los resultados de una investigación colectiva sobre las experiencias de la Armada en Malvinas ante un auditorio repleto de Capitanes de Navío y Contralmirantes de la Armada Argentina. Los nervios tenían su motivo de ser.

El martes - día anterior a la presentación-, ya hospedados en el Hotel Puerto Belgrano, armamos una agenda de trabajo que incluía varias horas de discusión sobre qué íbamos a decir y, fundamentalmente, cómo lo haríamos. Esas reuniones en las salas de lectura del hotel se convirtieron en momentos claves de registro de confusiones y de producción de claridad sobre qué y cómo compartir nuestra interpretación del “espíritu de buque” en Malvinas. Hicimos infinitos ensayos con rondas de presentaciones, preguntas y sugerencias mientras giraban los mates y las hojas con anotaciones al margen para decir más claro *eso* que cada uno quería decir. Los que construimos vínculos afectivos con hombres y mujeres de la Armada durante el trabajo de campo, aprovechamos un rato de ese día para ensayar la presentación con ellos y poner en duda si lo que decíamos, y las palabras que elegíamos para hacerlo, era inteligible y coherente. Una vez aprobados, tuvimos la última reunión de equipo para afinar ideas y calmar ansiedades. En esas idas y vueltas nos dimos cuenta que era la primera vez que compartíamos formalmente con nuestros interlocutores aquello que estábamos haciendo: fuimos a poner en evaluación nuestra investigación. Durante los 5 años de investigación nunca nos dijeron – desde la Armada - qué decir ni nos pidieron borradores de lo que estábamos escribiendo. Nosotros nos habíamos comprometido a compartir con ellos nuestros resultados preliminares.

Esa noche algunos pudieron dormir con tranquilidad y otros nos quedamos hasta tarde en nuestras habitaciones rodeados de borradores escritos a mano intentando decidir cómo enfrentar lo que sucedería al día siguiente. El encuentro excedía nuestras expectativas por la posibilidad única de presentar una investigación antropológica en un auditorio habitado por militares de alto rango.

En la mañana del miércoles, durante la tercera ronda de cafés, algunos íbamos y veníamos con papeles en la mano hasta que comenzamos el camino de 300 mts que nos separaba del auditorio de la Escuela de Oficiales de la Armada (ESOA) donde se realizaría la presentación. El día anterior ya habíamos realizado una prueba de micrófonos donde percibimos la intimidante sensación de

hablar desde el jerárquico atril del pequeño escenario enfrentado a butacas naranjas que estarían ocupadas por militares prolijamente uniformados. El orden de las presentaciones y las pautas ya estaban establecidas: no habría aplausos entre cada orador, íbamos a subir uno a la vez y las preguntas y comentarios se harían al final. Esa pizca de ensayo teatral hizo que al ingresar al auditorio y ver a los oficiales en sus asientos la adrenalina no fuera total.

Una vez cerradas las puertas del auditorio, el primero en tomar el micrófono fue el Contraalmirante Fernando Maglione, quien había organizado y motorizado la presentación. Con cálidas palabras pidió a los asistentes “prestar atención” y valorar una oportunidad de diálogo con un grupo de investigadores de una Universidad Nacional. Se percibió el respeto académico en su declaración. Luego subió al escenario Rosana Guber y explicó de qué se trataba el proyecto de “Mar de Guerra” que estábamos compartiendo.

Finalizó su presentación y comenzamos a subir uno por uno a explicar nuestros casos de estudio: Hernando Flores explicó cómo se vivió “el silencio como blindaje” en el submarino ARA San Luis S-32 en Mayo de 1982; Rosana Guber volvió a tomar el micrófono para exponer las experiencias de los pilotos de la aviación naval (“esos marinos que vuelan y se enganchan al buque”); y Hector Tessey deconstruyó la liminalidad del infante de marina (conocido como “bicho”) a través de la transformación que vive entre el mar, la costa y la tierra. Los oficiales del auditorio comenzaron a abrir más los ojos; ya habían escuchado más de 30 minutos de descripciones, hipótesis de trabajo y elaboraciones sobre lo que entendíamos como “espíritu de buque”. Se los notaba expectantes al escucharnos hablar sobre sus submarinos, sus aviones, su mar, su Armada, su guerra y su espíritu de buque.

En ese clima de silencio también desplegó su investigación Alejandra Barrutía, quien se centró en los buques auxiliares y en sus tripulaciones conformadas en el mismo momento en que zarparon para garantizar las operaciones de la Flota de Mar. Luego yo compartí mis ideas sobre el rol de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) como punto de partida de las experiencias técnicas de los suboficiales de la Armada embarcados en los distintos buques de guerra. Y por último, Cecilia Sotomayor tuvo la difícil tarea de cerrar la ronda de presentaciones y transportarnos a Telén, un pueblo de La Pampa donde Daniel Lagos y sus memoriales –conscripto telenense que se hundió junto al Crucero ARA General Belgrano- generan expresiones de post guerra en una localidad sin mar pero con el espíritu del Crucero. Los oficiales mantuvieron el silencio y la atención hasta la última exposición.

Al terminar la presentación, y luego de casi dos horas de escucha, Rosana Guber tomó nuevamente el micrófono para agradecer el tiempo y el respeto. Luego el Contraalmirante Fabián Gerardo D'Angelo junto al Contralmirante Julio Horacio Guardia iniciaron el intercambio de preguntas y comentarios. Agradecieron nuestra investigación y apoyaron la actividad por promover el contacto entre civiles pensando con militares. D'Angelo celebró que achicar las distancias era posible. Gracias a sus preguntas y comentarios, surgieron intercambios de ideas y puntos de vista por parte de otros oficiales con quienes pudimos conversar sobre diversas cuestiones que incluían el silencio del submarino ARA San Juan, la relación con comunidades *malvinenses* alejadas territorialmente de la Armada, la diferencia entre una muestra sociológica representativa y una antropológicamente significativa, la vida a bordo en una navegación y las consecuencias de la ruptura histórica y simbólica que la actual Escuela de Suboficiales (ESSA) mantiene con su antecesora, la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA).

El Contraalmirante D'Angelo dio por terminado el encuentro con las siguientes palabras antes de invitarnos un café de cortesía afuera del auditorio:

“Nos contaron nuestra vida pero de otra forma. El espíritu de buque es eso pero con otras palabras. Hay ideas que compartieron hoy que vamos a seguir trabajando porque está muy bueno lo que detectaron. Cada uno de ustedes dio en la tecla con algo diferente que para nosotros es importante. Ojalá sea positivo este intercambio también para ustedes. Estamos a disposición para que continúen trabajando con nosotros” (Registro de campo, Escuela de Oficiales de la Armada, noviembre 2019).

Atesoramos cada una de las intervenciones, las correcciones sobre terminología naval, las palabras de aliento, los planes a futuro y los silencios allí vividos. A las dos horas de haber abandonado el auditorio de la Escuela de Oficiales ya estábamos en ruta volviendo a Buenos Aires. En el auto comenzamos a charlar sobre lo vivido, las repercusiones de la presentación y sobre nuestra experiencia colectiva de investigación al valorar que todos distinguimos que nuestros puntos de partida eran muy distintos a los de llegada: habíamos vivido una transformación constante en el rumbo y en la ruta de navegación.

Ningún oficial ni suboficial de la Armada nos dijo - en los 5 años que duró la investigación - que la singularidad de ser marino se encontraba en el “espíritu de buque”. Aunque si lo pienso mejor, nos lo estuvieron explicando todo el tiempo. Era eso pero con otras palabras.